

El espíritu de invierno

J. Arthen



Capítulo 1

En mi pueblo, ubicado al norte, en donde los inviernos son muy fríos, retumban las leyendas que cuentan los ancianos y que atemorizan a los lugareños. Entre ellas existe una que suscitó interés en mí por encima de las demás. Es necesario remontarse tiempo atrás para conocer el origen de esta historia, que se ha transmitido generación a generación y que sigue atemorizando a cada uno de los habitantes de mi pequeña localidad.

Todo comenzó con la llegada del invierno. Una montaña, que custodia todo el valle desde su privilegiada ubicación, esconde oscuros misterios que llevaron a muchos a la muerte. Todo aquel que se adentraba en los bosques que rodean y forman parte de esta montaña, conocida como Bhabio, no volvía jamás. Muchos fueron los valientes que se aventuraron en recorrer los caminos de la montaña en las noches más frías de los inviernos; ninguno de ellos regresó para contarlo. Se cuentan historias sobre lo acontecido en esa zona durante las largas y frías noches de la última estación del año. Los ancianos más sabios del municipio narran lo que ocurre en este maldito lugar con el reflejo del miedo en sus ojos. Dicen las lenguas de las personas más antiguas que cada año por estas fechas hace aparición el espíritu de invierno; un ente maligno que deja tras de sí muerte. Los prados amanecen teñidos del color rojo de la sangre. El ganado y el resto de animales aparecen mutilados y desmembrados. La leyenda cuenta que todo aquel que cometa la imprudencia de adentrarse en plena noche invernal en la montaña y sus caminos encontrará al mismísimo ángel de la muerte. Éste guiará hacia la más espantosa y dolorosa de las muertes a aquel que se cruce en su camino. Las buenas gentes de la región evitan salir de sus hogares durante las noches de invierno para no encontrarse con este espíritu maligno.

Pese a fascinarme todo lo sobrenatural y las historias para no dormir, jamás creí que fuera real. Una noche de diciembre, muy próxima al fin de año decidí vivir una aventura. Tras conocer las leyendas de muerte me aventuré a adentrarme en las profundidades del Bhabio en solitario. Pese a ser tildado de insensato por los lugareños no dudé en emprender este viaje. No tenía miedo, nunca había sentido temor por nada y mi valentía no tenía límites. Nadie se atrevía siquiera a acercarse a esta zona al caer la noche. Hacía décadas que nadie accedía a la montaña en la oscuridad.

La niebla se cernía sobre la localidad aquella fría noche de diciembre cuando me hallaba próximo a adentrarme al camino, rodeado de árboles, que conducía hasta la cima. Cuando inicié el recorrido el reloj marcaba más de la medianoche. Aquella fue la última vez que mi rostro mostró una sonrisa. Sin saberlo me embarqué en un viaje hacia la locura. Lo que encontré allí cambió mi vida para siempre.

Caminé tarareando durante varios minutos con la única visibilidad de la luz que ofrecía la luna. Tras un rato avanzando sin cesar comencé a sentir extrañas sensaciones. Sentía presencias; que alguien seguía mis pasos. Pero cada vez que me giraba sobre mi mismo para comprobar presencia alguna mis ojos me mostraban la soledad en la que me encontraba. Seguí avanzando a paso ligero. Comencé a escuchar chasquidos de ramas, pisadas y otro tipo de sonidos propios de una presencia, pero ahí no había nadie. Mis músculos comenzaron a tensarse, mi cuerpo estaba rígido y pese al frío, estaba sudando. Traté de volver a la normalidad, autoconvenciéndome de que mi mente estaba jugándome una mala pasada; que mi subconsciente había sido condicionado por los relatos escuchados y que estaba creando fantasías impropias de la realidad. Era tarde para retroceder, así que decidí llegar hasta la cima, verificar que todas las historias tan solo eran cuentos para asustar a los niños y volver a mi casa lo antes posible.

Tras un par de horas caminando a buen ritmo llegué al camino que daba acceso a la cima. Algo detuvo mis pasos. Pude ver una luz. Parecía ser una hoguera en un punto muy próximo a la cima. Decidí avanzar unos metros y ocultarme tras los árboles para ver de que se trataba. Me pareció muy extraño que hubiera un fuego controlado en aquel lugar a esas horas. A medida que iba avanzando entre los árboles, muy preocupado por ocultarme bien, pude ver cuatro siluetas en torno a la hoguera. Desde la lejanía no era capaz de ver los rostros ya que unas túnicas y sus respectivas capuchas cubrían a estos. Decidí acercarme más con la intención de ver quien se ocultaba tras las túnicas. Hubo algo que hizo detener mis pasos y que erizó mi piel por completo. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; fue tan fuerte que hizo que mi corazón volcara. Pude ver miembros amputados de seres humanos y animales; piernas, brazos, incluso alguna que otra cabeza. Primero vertían la sangre en el suelo, en lo que parecía ser un ritual propio del culto satánico. Después de ofrecer la sangre al príncipe de las tinieblas bebían la restante y comían crudos los miembros amputados. Comencé a respirar aceleradamente preso del nerviosismo. Debía huir de ahí lo antes posible sin ser visto. Aunque no había conocido la identidad de aquellos que llevaban a cabo

esos rituales decidí abandonar el lugar inmediatamente.

Empecé a caminar de espaldas poco a poco para no perder visibilidad hasta alejarme a una distancia considerable en la que no ser visto. Desgraciadamente uno de mis pasos fue a topar con una rama que partió a causa de mi peso. El sonido alertó a las almas en pena que no se habían percatado de mi presencia, que alzaron sus cabezas y fijaron sus miradas en mi posición. La oscuridad de la noche y la niebla jugaron a mi favor, ya que impedían que pudiera ser visto desde esa distancia. Inmediatamente me escondí tras un árbol para no ser visto antes de reemprender el descenso. Me asomé para comprobar que seguían con el ritual y así poder continuar con la huída, pero tan solo vi tres siluetas. Comprendí que uno de ellos había iniciado la búsqueda de aquello que había producido el sonido así que volví a ocultarme tras el tronco de aquel árbol. Mi respiración y mis latidos se aceleraron irremediablemente. No era capaz de controlar mis sentidos. Un escalofrío constante recorría cada parte de mi cuerpo. Segundos después escuché un ruido muy próximo a mí ubicación y sentí un olor a putrefacción realmente desagradable. La angustia llegó hasta mis huesos. Decidí asomarme para ver de que se trataba.

En aquel instante conocí el mas absoluto de los terrores; un miedo que desgarró mis entrañas y que me dejó helado por completo. Al asomarme pude ver el rostro de uno de los que se ocultaban bajo las capuchas de sus túnicas. Con la cabeza inclinada hacia un lado, la boca completamente abierta y con las cuencas oculares huecas, estaba aquel extraño ser frente a mí. La piel de su rostro era de un tono blanquecino y parecía estar podrida. Los labios estaban bañados en sangre. Al fijar mi mirada en aquel ser sentí verdadero pavor; un terror que atenazó mis músculos y que detuvo mi corazón. Al mirar su rostro tan solo vi muerte.

Acudió mi instinto para ayudarme. Comencé a correr como si no existiera el mañana. Me adentré en el bosque, rehusando seguir el camino para acortar el descenso hacia la localidad. Sentí que me perseguían, ya que el olor putrefacto estaba muy presente a cada paso y sentía en mi nuca el aliento de mis perseguidores. Corrí con todo mi alma sin mirar atrás ni una sola vez. Golpeé mi cuerpo con ramas y árboles que producían heridas y cortes en mi piel, pero no detuve mis pasos en ningún momento. Tras varios minutos llegué al camino y continué su recorrido. Me detuve al ver una silueta a unos metros de distancia en mitad del camino que evitaba que pudiera pasar. Comenzó a acercarse a mi posición lentamente, así que decidí continuar descendiendo por la ladera de forma

vertiginosa. Sentía que me pisaban los talones así que empleé el resto de mis fuerzas en incrementar velocidad a mi huída sin preocuparme por nada mas. Me hallaba cerca de la salida de la montaña, de ver la civilización por fin. Justo cuando estaba a punto de abandonar los bosques de la montaña sentí un fuerte arañazo que desgarró la piel de mi espalda. Un inmenso dolor se adueñó de mi cuerpo e hizo que me cayera por la inercia del impacto. Caí sobre asfalto, concretamente en la vía que da acceso al camino que lleva hasta la montaña. Me levanté tan rápido como pude para continuar, pero vi a las cuatro siluetas inmóviles, justo en el punto de unión entre el asfalto y la tierra del camino del Bhabio, como si una barrera impidiera que pudieran cruzar. Jamás olvidaré como los cuatro seres, exactamente iguales en apariencia me miraban, sin ojos, y con la cabeza inclinada desde ahí. Nunca llegué a saber que tipo de seres o entes eran aquellos que me llevaron a conocer al propio miedo. Almas en pena, atrapadas en la montaña y que representaban al mismísimo demonio.

Rápidamente me dirigí hacia la comisaria, con la intención de denunciar lo ocurrido. Al principio se rieron de mi, pero al ver mis heridas y cortes, sobre todo el arañazo de la espalda, comenzaron a conversar seriamente entre ellos. Decidieron que lo mejor era llevarme a un centro psiquiátrico, para que pudieran tratar lo que consideraron como demencia. Creían que yo mismo había producido las heridas y cortes que presentaba mi cuerpo.

Ahora paso los días encerrado, preso en el recuerdo, atado a las cadenas del miedo. En aquel lugar vi cosas que pueden llegar a corromper hasta la mas pura de las mentes. Ya no vivo, tan solo sobrevivo, marcado por la muerte. El arañazo de mi espalda aun sigue sangrando casi un año después; no ha cicatrizado. Cada día sueño con lo que mis ojos vieron aquella fatídica noche. Ahora aguardo al invierno, sabiendo que he sido marcado por la muerte, sabedor de que pronto vendrá a por mí. La realidad era incluso peor que la leyenda que atemorizaba a las gentes del lugar. Logré escapar, pero el precio que tendré que pagar será aun mas terrible. Puede que esta sea la última vez que escriba desde mi